

CIFRAR el rostro. Ocultarlo bajo signos.
Enturbiar su proximidad.

La palidez del mundo desconcierta.
Sobre el cuerpo, las sábanas, su blancor
hiriente, como de mortaja nueva. Piensas: así
ha de cubrirse el mundo.

Has despertado. La mañana ilumina tu
rostro. Se levanta indefinida, distante. Cerrar
los ojos. Negar la luz, inútilmente. Entonces
piensas en el despertar, en su gracia animal,
espontánea. Y piensas lo que debiera vivirse:
despertar, sí, pero con la sencillez de un
pájaro cuando despierta y alza el vuelo.
Simplicidad irreflexiva de lo que vive. Pero tú
piensas el acto de despertar, y con torpeza
despiertas, con la misma ineptitud para la
sencillez con que vives. O te alimentas. O
sueñas.

Te contemplas en el espejo. Sonríes.
Quién responde.

A veces hay ruidos. Alguien al bajar la calle, sus pasos, un coche, varios, una motocicleta. Luego una voz débil. Una voz de mujer. La voz conversa sin vida. Un murmullo apagado que enmudece de pronto. Nuevos pasos. Alguien por la calle al sol. El paso es decidido, enérgico. Como si deseara oírse. Se aleja. Nadie.

En la ducha. Meditación sobre el agua, sus gotas, sus átomos infinitos. La lluvia golpea el rostro con dedos innumerables. Pensar el rostro que se deshace, lentamente. Rostro múltiple, disuelto, desplomado sobre el torso, confusión de gotas que se deslizan, dispersan, reúnen. Torbellino final, desagüe, abandonar la luz, caer, perderse.

Algo ha debido despertarte. Desde la ventana, sin abrirla, observas la luz del farol, su parpadeo amarillo. Pasa un coche.

Nada acontece.

La calima cubre hoy la ciudad.
Amortaja las casas. El horizonte.

Ciudad transfigurada, suspendida en el
fulgor gris del polvo. Ciudad penitente,
abrasada por un fuego no visible.

Comenzar. Reescribirlo todo. Partir de
la desnudez. Del simulacro de la desnudez.
En el instante disgregador. Trazos, gestos,
manchas de tinta. Relectura. Comenzar de
nuevo. Signo tras signo.

Tal vez describir. Enumerar, secuenciar
los hechos: una mesa, un libro abierto, esta
cama, las palabras, la luz que se detiene, el
aire, su quietud inaudible.

Permanecer. Detener la mirada en la
luz. Una habitación, una cama, un cuerpo, un
libro, la piel del aire, el silencio aquí visible.

(Elogio de la inmovilidad)

Tu mano borra un rastro de ceniza. No
hay memoria de este incendio.

Pensar es consciencia del límite.

“Soñé una vez que me besaban el sexo.
Luego descubrí que quien besaba era yo
misma y mi boca una gran mancha roja”.

Dios, su insalubre nostalgia.